

EL PASEO DE LA MUERTE

Conocí a aquella señora a la cabecera de un enfermo. Cuando entré a asistirlo, mirábalo ella con dulces y tristes ojos, y le ponía las manos afiladas, marfileñas, en la cabeza, acariciándolo. El enfermo temblaba de frío cada vez que los piadosos dedos le tocaban, corriéndole de la frente, terrosa, el sudor helado de la muerte.

Rogué a los presentes que salieran, hasta que el enfermo y yo arreglásemos el único negocio serio de la vida, y, atentos, salieron todos menos la señora. Entonces pedí a ésta, lo más cortésmente que supe, que nos dejara solos, y sonriendo, con la dulzura y tristeza con que miraba al moribundo, me dijo: —Padre, yo aquí no estorbo; haga V. su oficio, y aligere; que el tiempo pasa y no quisiera detenerme. Quien puede me trajo aquí, y con ello me dió facultades para ser testigo de lo que va V. a hacer.

Tenían tal imperio sus palabras, que hice lo que debía: confesé al enfermo, lo preparé para el supremo trance y esperé un poco a que diera el alma. Como acontece frecuentemente, que, tranquilo el espíritu con el arreglo de sus cuentas con Dios, se fortalece, y de su vigor participa el cuerpo, el enfermo mejoró un tanto, se animaron sus ojos y hasta dejó de arrollar las cubiertas de la cama, en que eslababa ocupado cuando llegué.

La señora entonces me dijo: —Hay que esperar un poco: prisa tengo; pero lo dispuso Quien puede. ¿Quiere V., padre, oír dos palabras que le he de decir? —Como V. quiera, le respondí; pero ¿dejaremos al enfermo solo? —No tema, me contestó; ya volveremos a tiempo. Véngase tras mí.

Salimos de la alcoba y entramos en una habitación próxima, en la que estaba la familia. Recuerdo que al pasar la señora por entre ellos, como si no la vieran, ni la saludaron ni le dijeron cosa: sólo de mí echaron cuenta. Preguntáronme por el moribundo, y pidiéndome

luego permiso, se fueron a acompañarlo. También hago memoria, de que al entrar la señora, decían: — ¡Qué frío tan horrible hace aquí! Que lo cierren todo, porque nos helamos.

Yo sentía también aquel hieío, y temblaba hasta en la médula de mis huesos atéridos. Sentéme lejos de la señora, que me dijo: — No huya V. de mí, acérquese más. ¿V. no me conoce? ¿No me ha visto V. nunca? — Yo creo que sí, señora; pero no recuerdo donde, le dije. Y estoy seguro de haberla visto, porque su rostro no se puede confundir con ninguno. ¿Le parezco a V. hermosa? No tenga V. reparo en decirlo: ni V. perderá en ello, ni yo me he de envanecer, añadió sonriendo dulcemente. Yo tengo la seguridad de que soy hermosa, sobre todo desde que se desposó conmigo. Uno que me hizo madre de la vida. — No entiendo, señora, lo que V. dice, aunque confieso que es V. hermosa; sino que su hermosura me da miedo, le dije. — Y sin embargo, nunca hice a V. mal ninguno, aunque hace ya algunos años que nos conocemos y tratamos. ¿No recuerda V.? — me preguntó. — No recuerdo ahora: ayúdeme V. a recordar, añadió. — Pues yo soy la misma que V. vió junto a la cama de aquel amigo que V. amaba mucho, y que murió; también estaba yo en la alcoba en que agonizaba una mujer, una niña casi, y cuyos dolores lloraba usted como suyos. ¿Recuerda V. ahora? Entonces me trató V. muy de cerca, añadió.

Los recuerdos que la señora fué despertando, puesto que dormían en mi corazón, me hicieron fijarme más en ella y aumentar-me el miedo: sus miradas cortaban los hilos de la vida. — ¿Quién es V., que así conoce mis secretos? le pregunté, temblando. — Yo soy, contestó, y he sido siempre su amiga fidelísima, y ahora le he de servir durante unas horas de maestra. Yo soy la Muerte. ¿Ve usted cómo me conoce? Déjese de miedos y véngase conmigo; porque aprenderá mucho en mi compañía. Yo no sé engañar. Ahora vamos a la alcoba del enfermo, que ya nos espera; después correremos el mundo.

Cogióme de la mano, helando la mía, y entramos en la habitación, en la que haciendo yo mi oficio de sacerdote, ella hizo el suyo. El enfermo descansó en paz.

Cuando acabamos nuestra misión, salimos a la calle. Parecióme ésta tan distinta de coma la ví antes de entrar en la casa, que no la conocí. Entonces pregunté a mi acompañante, qué calle era, y me dijo que no tenía nombre, aunque era importantísima por lo larga y por lo concurrida. Pensé yo entonces que los concejales de la ciudad no habrían hallado algún amigo a quien colgársela, y que por

esto no tenía nombre, aunque la Muerte me dijo, que hasta allí no llegaban los acuerdos municipales. Vi luego, que era, en efecto, grande y además hermosa: eran anchas sus aceras, magníficas las fábricas de sus edificios, frondosos los árboles que daban sombra apacible a sus paseos. No había en ella templos ni cosa que fuera despertadora del alma; pero en cambio no faltaban incentivos y acicates del placer y de la alegría. Ríos de gente entraban en teatros, círculos, bancos y museos; e iba todo el mundo contento, alborozado y saliéndole el gozo al rostro, desgranando risas locas, como si fueran muy felices.

Junto a nosotros caminaban unos mancebos, hablando de la última comedia que vieron y riendo sus donosuras y chistes. Decía uno: —Ingenio ni arte tiene; pero la gracia sí que la tiene por arrobas. —Sobre todo, decía otro, hay que vivir la vida, y en esta comedia se muestra como es: lozana, palpitante; aquí no hay velos que la encubran, y se dan a la carne todos sus derechos. ¡Hermosa es la vida! ¡Vivamos!

Pasaron luego unas señoritas, asimismo contentísimas, hermosas, que robaban las almas y se llevaban tras de sí los ojos y los deseos. Una decía: Hay que impedir que las miradas tropiecen en cosas que nos recuerden la muerte. Ahora comenzamos a vivir; la primavera abre graciosa las primeras flores; el estío vendrá tarde, y ¿quién piensa en las hojas secas del otoño? Como las flores, demos nuestro perfume. ¡Hay que vivir! ¡Es muy hermosa la vida!

Con ellas tropezaron unos hombres, venerables de barbas y mozos de pensamientos, y, sin duda, desvanecidos con tanta lozanía, perdido el poco seso que llevaban bajo las canas entintadas, dieron en requebrarlas y en menudear los pasos para seguir las. Refan las muchachas, aligeraban ellos los pies perezosos, y al cabo se juntaron, entrando en un salón de baile, abierto de día y de noche, según rezaba el rótulo de la puerta. Desde la calle se oía la zambra de dentro, y al compás de la música y de las voces, salían rumores de alegres carcajadas, de locos saltos y chocar de copas rechinantes.

Yo miré a la Muerte, cada vez más admirado de aquello, y entonces me dijo: —Ve V., padre, que por todas partes se muestra la vida; que el deleite colorea los rostros, enciende los pechos, ilumina con fulgor vivísimo los ojos; que se habla, se ríe, se canta, y el concierto de la alegría llena el aire diáfano de músicas encantadoras; que los cuerpos esparcen aromas exquisitos, de los labios manan palabras candenciosas, de las manos caricias y de los corazones la dicha? Pues todo es mentira: por maravilla se hallará uno que no

fuerce la sonrisa, y creyendo que gozan de la vida y que viven, casi todos van muertos: yo los conozco, y sé que son cadáveres que andan. —¿Y cómo puede ser eso, le dije, si se toca con las manos y salta a la vista que todos éstos gozan, y por tanto, que viven? —No gozan, sino que les domina el hastío del placer, que es muerte del deleite brevísimo, Pero dejemos ahora esto y entremos. —Y ¿en un baile he de entrar?—pregunté a la señora. —No perderá V. nada conmigo aquí, me dijo. Entre V., padre, y verá.

(Continuará)

JOSÉ MORENO MALDONADO.